VOLCÁNICA

JULIÁN RIVEIRA DOSÁRTES

EDICIONES HELIOS

Diseño, edición y realización: Ediciones Helios
Fotografía de cubierta por: Anderson Guerra
Primera edición: septiembre de 2022

Hecho en El Salvador - Made in El Salvador

A Afrodita.

«Dios nos ha concedido el beso en la boca, las mejillas y el cuello, como también la chupadura de unos labios exquisitos, para provocar una erección en el momento oportuno.

Él es quien, en su Sabiduría, ha embellecido con senos el pecho de la mujer, su cuello con una doble barbilla y sus mejillas con joyas y brillantes. También le ha dado ojos que inspiran amor y pestañas aguzadas como bruñidas espadas. Ha realzado la belleza de su vientre suavemente curvado con flancos admirables y un delicioso ombligo. La ha dotado con nalgas noblemente modeladas y ha apoyado el conjunto sobre muslos majestuosos. Entre ellos ha situado el campo de batalla que, cuando abunda en carne, asemeja por su amplitud la cabeza de un león. Su nombre entre los humanos es «vulva». ¡Oh, cuántos hombres han muerto por su causa, y entre ellos, cuántos héroes! Dios ha dotado a este objeto de una boca, una lengua, dos labios y una figura como la pisada de una gacela en las arenas del desierto. Todo esto, apoyado en dos columnas maravillosas, atestigua el poder y la sabiduría de Dios. Ellas no son ni muy largas ni muy cortas, y están adornadas con rodillas y pantorrillas, y tobillos sobre los cuales descansan las ajorcas. El Todopoderoso ha arrojado a la mujer a un mar de esplendor, voluptuosidad y deleite, la ha cubierto con ricos vestidos e iluminado su rostro con sonrisas».

—El jardín perfumado, Jeque O. M. Nefzaui

Sumario

Leticia Isabel

Prólogo

Un día normal, miles de años atrás, la Luna y el Sol se encontraron y se enamoraron tan inmediatamente que terminaron perdiéndose uno en el otro. Los humanos creyeron que era el Fin de los tiempos porque habían enojado a sus dioses. Los animales seguramente creyeron que aún era de noche y los cazadores nocturnos aprovecharon para ampliar su derroche. Pero más arriba, los amantes volvieron al cielo en su lecho preferido durante varias horas. Sin duda que a los amantes esas pocas horas les parecieron minutos, pero así y todo lograron «mecerse» mucho. De Sol a Luna, de Luna a Sol, de Sol a Luna… Al cabo de esas horas, sin embargo, la Tierra tronó. Se abrió el cielo y los humanos vieron cómo de las profundas aguas brotaba un retoño de su amor: un atípico, pero majestuoso volcán bañado de sombras, humo y luz. Luz, sí tenía mucha luz adentro de sí y las abuelas bendijeron a los amantes por su apremiante amor y deseo. Las abuelas entendieron entonces cómo funciona la Tierra y que los Astros eran verdaderamente dioses que querían que nos «meciéramos» más y sacáramos chispa para hacer más claro al mundo. Así pues, las sabias abuelas entendieron, se lo comentaron a los abuelos y se mecieron. Se mecieron y entendieron que cuando unen sus chispas iluminan fuertemente al mundo oscuro.

Sin embargo, los abuelos no entendieron por qué después que la Luna y el Sol estuvieran tan unidos terminasen alejándose… Los dioses no perdieron su chispa, pero pasaron muchos años para que se volvieran a mecer. Las abuelas entendieron que la Luna quedó herida después de mecerse tanto y «dar a luz» así que como la adoraron y la Luna las quiere tanto les dejó un recordatorio en su cuerpo para que no se mezcan tanto y desde entonces las mujeres sangran cada mes para su propio bien y el de los machos. A los abuelos el Sol les dio chispa suficiente para proteger y sustentar a su amada. Así hicieron y desde entonces aumentaron su adoración a los dioses de los cielos. Estudiaron los ritmos del océano, la fuerza del Sol y la desnudez de la Luna para medir las lluvias y el paso del tiempo suficiente para sus cosechas. Y no despegaron los ojos del majestuoso hijo de la Luna y el Sol que hacía temblar sus tierras cuando sentía miedo porque los humanos no se mecían tanto. De esta manera empezaron las fiestas mensuales para honrar comiendo y meciéndonos al ritmo del majestuoso volcán, hijo de la Luna y el Sol. Así pasaron los años los humanos meciéndose y anhelando presenciar esa mecida de los dioses. Desde entonces los abuelos entendieron para qué tenían su chispa. Ahora nosotros tenemos que iluminar al mundo con nuestra chispa por pequeña que sea. Los dioses siguen con nosotros, pero nosotros no seguimos con ellos. ¡Oh, qué manifestación del romance! Alguna vez te has preguntando: ¡¿por qué siempre nos alejamos de los que queremos?!

A mí no me mirés, yo no tengo la respuesta. Esa pregunta te la tenés que contestar vos mismo. Por otro lado, es verdad que al principio iba a titular esta primera parte de mi «gran» poemario Luna y Sol, pero en el último momento me detuve a pensar en su simpleza y falta de sazón. Así pues, repentinamente, nació su título nuevo Volcánica. Les cuento esto porque tarde o temprano también se preguntarán: ¿el amor es primordialmente nocturno o no? O tal vez; ¿cuándo se ama mejor: en el día sin perjuicios y sabrosamente como los dioses o en la noche como zánganos criminales y fugitivos? Naturalmente, pues, su variación es amplia y claramente cada persona ya tendrá o optará por su preferencia, pero como se enterarán yo ya tengo la mía.

Volviendo a la cuestión anterior, solamente los mismos dioses amantes y el tiempo serán capaz de apartarlos y unirlos porque también el tiempo está incrustado en esta historia imperceptiblemente. Nuestra corta vida, sin embargo, salta, brilla y se agota bajo los vibrantes rayos del Sol y las claras sombras de la Luna. Al amanecer y al anochecer, o naturalmente cuando nos acordamos, los contemplamos desde nuestra ceñida y diminuta existencia. Sí, estimado, así contemplamos el más antiguo y perpetuo Amor de la historia. Algunos queremos serlo. A falta de originalidad, aún otros queremos copiarlos... en vano.

Bien pues, muy cierto es que no podemos llegar a ser ni acercarnos tanto al magnánimo Sol ni tampoco a la bella Luna. Pero sí que somos materia única y, como tal, sí estamos dotados de una habilidad divina: nuestra chispa.

Tuyo siempre,
Julián Riveira Dosártes
Budva, septiembre de 2022.